

Una oportunidad para hacer memoria

Los quinientos años se están convirtiendo en un slogan que se emplea para la autojustificación y la autoglorificación o en arma arrojadiza que se esgrime contra el enemigo. Así sucede en nuestra sociedad y así puede pasar también en nuestra Iglesia. Desde el punto de vista de Dios, sin embargo, esta fecha es un kalirós: un momento privilegiado para pararnos un instante y tratar de vernos como nos ve Dios, para reflexionar en profundidad, sinceramente, más allá de intereses creados y de ideas preconcebidas, es un período fecundo, si nos atrevemos a preguntarnos cuál es el plan de Dios sobre América Latina, si somos capaces de escucharnos unos a otros. Si comprendemos las posibilidades que nos brinda esta conmemoración, ella se convertirá en un tiempo oportuno para enderezar caminos y así encontramos a nosotros mismos al reconocer a los otros y hacerles justicia.

Reconocer al mestizo

Si vivimos responsablemente esta conmemoración, estos quinientos años no pueden ser utilizados como ideología o como materia de curiosidad pretendidamente científica. Estos quinientos años deben volverse memoria. Memoria nuestra, porque es nuestra historia y no podemos aparecer como jueces exteriores a ella, y hoy por hoy está en nuestras manos y es a nosotros a quienes nos toca decidir en alguna medida su rumbo. Memoria sagrada, porque somos hijos de esos quinientos años (y de sus raíces indoamericanas, africanas y europeas) y no podemos dilapidar esa herencia, porque en ella se nos entregaron destinos, encargos, reclamos, tareas ineludibles. Si el pasado no es memoria, es mecanismo compulsivo que repite ciega, empecinada, trágicamente.

Si logramos hacer memoria de estos quinientos años aparecerá el mestizo (mestizo, mulato, zambo, blanco de orilla: mestizo cultural, no sólo biológico). El mestizo como la novedad que han parido estos quinientos años. Pero el mestizo es hoy por hoy una novedad no reconocida. Hasta que no hagamos memoria del mestizo seguirá campeando el mecanismo compulsivo que a unos hizo vencedores y a otros vencidos, que llamó a unos civilizados y a otros bárbaros, y que mantiene a unos como triunfadores y a otros como perdedores. Sólo si somos capaces de reconocer al mestizo, será posible hacer justicia al indígena y al afroamericano; si no reconocemos esa novedad mestiza, indígenas y negros no pasarán de ser el otro polo del blanco. Sólo si reconocemos la novedad del mestizo, será posible que el blanco dé lo mejor de sí y cumpla la misión que Dios le ha encomendado en nuestra historia. Reconocer al mestizo es difícil en primer lugar para el propio mestizo, a quien se le ha introyectado el desprecio a sí mismo, y el blanqueo como única posibilidad de redención.

Reconocer el catolicismo popular

Esto que hemos dicho desde nuestro cristianismo para América Latina como globalidad ¿cómo aplicarlo al propio cristianismo? A nivel del cristianismo el mestizaje se expresa como catolicismo popular, y el mestizo, como sujeto de la religión del pueblo, religión, en su mayoría, católica, apostólica y romana. En el ámbito religioso la novedad que se fraguó a lo largo de estos siglos la institución eclesíástica no tuvo memoria de él, y por eso, por esta falta radical de reconocimiento, hasta el día de hoy la institución eclesíástica es exterior al pueblo latinoamericano; en el mejor de los casos está al servicio del pueblo; con frecuencia tiene en su seno muchos integrantes "de origen popular", pero, como dice exactamente la expresión, eran populares en su nacimiento y crianza, pero al aculturarse a la institución eclesíástica dejaron su cultura popular y su pertenencia al pueblo, aunque en el mejor de los casos se emplean solidariamente en su servicio.

Si hacemos memoria del cristianismo de estos quinientos años nos encontramos con esta contradicción, todavía irresuelta: el pueblo es cristiano, pero le está vedada la pertenencia a la institución eclesíástica, ya que, si quiere acceder a ella, tiene que aculturarse a la cultura de la institución eclesíástica, que está a caballo entre la cultura criolla tradicional y la cultura occidental no criollizada. Naturalmente que no aludimos a la necesidad que tiene el pueblo latinoamericano, como todos los pueblos de la tierra, de confesar, para entrar en la Iglesia, al único señor, a la única fe, al único bautismo, al único Dios de todos, sino a la versión occidental de todo esto, ya que desgraciadamente desapareció la Iglesia de Jerusalén y no se conservó la versión asiática, semita, del judeo-cristianismo.

¿Qué dificultad tenemos de hacer memoria de este cristianismo del pueblo, que es un cristianismo mestizo! y qué trascendencia histórica tiene el reconocimiento del catolicismo popular! No sólo es un problema de la Iglesia. Es que hasta que el cristianismo del pueblo no cobre carta de ciudadanía en la Iglesia, no se dará a nivel

Encuentro en la casa del pueblo

global latinoamericano el reconocimiento del mestizo. Porque el catolicismo popular es la expresión más compleja y profunda del mestizaje cultural latinoamericano; es la obra más fecunda de ese sujeto histórico que es el mestizo.

Hay que decir, no por triunfalismo sino en honor a la verdad, que la institución eclesíastica es la única macroinstitución que no colabora con esa brutal inversión que lleva a cabo el Occidente desarrollado sobre A.L. con los amos de la economía, la ideología, la política, y, donde éstas no bastan con armas de fuego. Hay sectores colaboracionistas dentro de ella porque creen que es la última posibilidad de salvación para nuestro continente y la Iglesia no es, gracias a Dios, una dictadura totalitaria. Pero sus sectores más significativos están hoy muy seriamente empeñados en servir al pueblo, y no de una manera clientelar sino reconociéndolo como sujeto y procurando por todos los medios posibles que él crezca en todas las dimensiones. Siempre en A.L. la gente más genuina de la institución eclesíastica ha servido al pueblo. La novedad histórica consiste en servir a seres no considerados ya como menores de edad ni vistos únicamente como marginados y oprimidos sino como verdaderos sujetos culturales y espirituales.

La sinceridad y radicalidad de este reconocimiento al pueblo, la prueba de su verdad, se da precisamente al reconocerlo como sujeto religioso. La afirmación de Puebla de que la religiosidad popular es una fuerza activa con la que el pueblo se evangeliza constantemente a sí mismo constituye un hito de envergadura histórica. Eso mismo acaban de reconocer nuestros obispos en los párrafos muy pormenorizados de su reciente documento sobre los "500 años de evangelización en Venezuela", que por su gran interés publicamos en este mismo número en la sección documental. Naturalmente que hay una gran distancia entre las declaraciones, por muy solemnes que sean, y el reconocimiento a nivel estructural. Pero estas declaraciones son tan revolucionarias en sí mismas, que no se explican sino como reconocimiento documental de muchas experiencias en marcha que, decantadas a través de estos años, son por fin interpretadas por las autoridades eclesíasticas no como desviaciones perniciosas o como experimentalismos arbitrarios sino como caminos que han salido a la luz y dado cauce a estas realidades.

Un símbolo visual de este cambio de dirección, de esta conversión, sería que durante siglos el pueblo latinoamericano fue a la Iglesia; ahora la Institución Eclesíastica está entrando por fin en la casa del pueblo. En las etapas iniciales del proceso, como perduraban inconscientemente los esquemas pasados, entraban a sus casas para invitarlos a que fueran a la Iglesia, es decir a que se integraran a lo que los agentes pastorales, con la mejor buena voluntad, habían diseñado por su cuenta, y así sigue pasando todavía. Pero hay otros agentes pastorales que van a la casa del pueblo a quedarse, es decir a animar esas Iglesias domésticas, barriales, campesinas, y más aún, indígenas y afroamericanas, en ciernes.

Allí, en la casa del pueblo, se produce el encuentro, el reconocimiento mutuo, el diálogo histórico en el que la Iglesia se realiza como servidora y el pueblo cobra nuevas energías para buscar su salvación. En la casa del pueblo tiene lugar el acto de tradición en el que la Iglesia se realiza como católica.

Es obvio que reconocimiento del pueblo, de su cultura y su religión, no significa sacralizar al pueblo. Pero también la institución eclesíastica tiene que relativizarse: no desde luego en la fe recibida de los apóstoles sino en muchas tradiciones que pueden ser cauces venerables, pero que de ningún modo son los únicos caminos ni poseen la obligatoriedad de la fe. Una de las características de la actual invasión del Occidente desarrollado sobre A.L., que radicaliza una de las dimensiones de la del siglo XVI, es la lucha ideológica implacable tendiente a la imposición del modelo cultural occidental como el único válido para todo el mundo. Como entonces y más aún, occidental equivale a civilizado, y no occidental es lo mismo que bárbaro. El reconocimiento práctico del catolicismo popular rompe este esquema de monolitismo cultural e instaura un diálogo fecundo en que cada dialogante, reconocido por el otro, aporte sus propias riquezas y reciba las ajenas. Son patentes las insuficiencias del cristianismo del pueblo, pero no son menores, aunque nos cueste mucho reconocerlas, las de la propia institución eclesíastica. Ni el pueblo cristiano ni la institución eclesíastica las superarán desde sí mismos. Sólo el reconocimiento mutuo hará posible recibir la ayuda del otro para dar lugar a nuevas figuras históricas con más plenitud evangélica.

La trascendencia del catolicismo popular estriba en que no se restringe al ámbito religioso, con ser éste tan importante. La envergadura histórica de este proceso estriba en que es puerta para un desarrollo realmente integral, palanca para un desarrollo genuinamente latinoamericano, que traiga una mejoría real y sostenida a los pueblos y que salvaguarde los ecosistemas, que no se mida únicamente por el logro de una relativa estabilidad monetaria y los magros superávits en la balanza de pagos.